

Simón Bolívar y el ideal unitario

LEONARDO MAZZEI DE G.

El nombre de Simón Bolívar, el gran Libertador venezolano de quien precisamente en este año se cumple el bicentenario de su nacimiento, se asocia indisolublemente a la idea de unidad continental. Sin embargo, aunque este ideal unitario tiene su máxima expresión en la figura del caraqueño, muchos fueron los hombres que en los albores del movimiento independentista sintieron la necesidad de la unidad hispanoamericana para garantizar la liberación del coloniaje y el progreso político y económico-social posterior. “La sugestión solidaria brota con la primera tentativa de independencia, y es inseparable de ella hasta la consumación de la independencia en el campo fraternal de Ayacucho”, escribió con acierto el historiador peruano Raúl Porras Barrenechea en 1926¹.

Esta idea la esbozó primero el precursor Francisco de Miranda. Fue él quien bautizó Colombia al gran país hispanoamericano que pensaba liberar y cuyos límites se extendían desde Texas y California, entonces pertenecientes a la Nueva España, hasta el Cabo de Hornos, exceptuando al Brasil y a las islas antillanas de colonización no hispana. En su fracasada expedición a las costas venezolanas, en el año 1806, llamó a sus hombres “el Ejército de

¹*El Congreso de Panamá (1826)*. Reeditado como prólogo en: *Colección Documental de la Independencia del Perú*, Tomo XIV, *Obra gubernativa y epistolario de Bolívar*, Vol. 4º, El Congreso de Panamá, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1974.

Colombia para el servicio del pueblo libre de Sur América", entendiéndolo por tal la delimitación geográfica que hemos señalado.

Cerca de Miranda estuvieron en estos ideales unitarios numerosos americanos. El peruano Pablo de Olavide, limeño ilustrado que, junto con Miranda crearon en Madrid, en 1795, una entidad secreta con el propósito de trabajar por la independencia, la que fue denominada Junta de las ciudades y provincias de la América Meridional. En la Gran Logia Americana, fundada por Miranda en Londres, adhirieron a los propósitos de independencia y unidad, entre otros, el peruano José del Pozo y Sucre, los neogranadinos Antonio Nariño y Pedro Fermín Vargas; el propio Bolívar; el mexicano fray Servando Teresa de Mier; los rioplatenses San Martín, Mariano Moreno y Bernardo Monteagudo; Bernardo O'Higgins, que en su pensamiento y en su acción fue uno de los más grandes americanistas.

En Chile en los inicios del movimiento emancipador manifestaron la idea de unidad Martínez de Rozas, quien proponía la formación de una sola nación y de un solo Estado y Juan Egaña que planteó la necesidad de establecer un Congreso para que en el supuesto que sucumbiera España se evitaran las luchas civiles en el suelo americano.

En Perú, el precursor arequipeño Juan Pablo Viscardo y Guzmán, en su célebre "Carta a los españoles americanos" extendía sus planes de independencia a todos los pueblos de Hispanoamérica.

En Venezuela la fracasada conspiración de Juan Bautista Picornell, Manuel Gual y José María España, del año 1797, tuvo claros propósitos de reivindicación continental y todos los documentos y proclamas que ellos lanzaron se dirigían expresamente al pueblo americano.

En Centroamérica sostuvo la idea de confederación americana José Cecilio del Valle, guatemalteco, acreditado como uno de los teóricos políticos más notables de la América hispana.

Pero sin duda fue Bolívar quien encarnó como ninguno la idea de unidad. Bolívar advertirá, además, con claridad la singularidad del Nuevo Mundo: "Nosotros somos un pequeño género humano —escribió en una oportunidad—; poseemos un mundo aparte; cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil". Junto a la originalidad geográfica, comprensiva por su extensión de todo tipo de climas, con una extraordinaria variedad en la flora y en la fauna, con un suelo rico en todas las materias minerales, presentaba de igual modo una singularidad étnica: "... tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de la

Europa". América sintetizaba la geografía universal y la variedad étnica de los grupos humanos².

Bolívar nació en Caracas, en hogar acomodado, el 24 de julio de 1783. Antes de cumplir los tres años quedó huérfano de padre y a los nueve falleció su madre. Desde temprana edad iba a dar muestras de su carácter. Siendo niño dijo en un tribunal: "Uds. pueden hacer con mis bienes lo que quieran, pero con mi persona, no. Si los esclavos tienen libertad para elegir amos, a mí no me la pueden negar para vivir donde me agrade". Esto lo decía a propósito de que se le quería obligar a vivir con un tutor, su tío Carlos, lo que no deseaba.

Su educación estuvo a cargo de destacados maestros, entre ellos, el licenciado Miguel José Sanz, Andrés Bello y, sobre todo, Simón Rodríguez, quien lo inició en el conocimiento de Rousseau. Andando el tiempo su gratitud y reconocimiento para este maestro los iba a estampar en estas palabras: "Has moldeado mi corazón para la libertad, la justicia, la grandeza y la belleza. He seguido la senda que me trazaste. Fuiste mi piloto... No puedes imaginar lo profundamente que están grabadas en mi corazón las lecciones que me enseñas".

A los 17 años Bolívar es enviado a España para proseguir sus estudios. Cursó matemática en la Academia de San Fernando de Madrid y estudió las lenguas francesa e inglesa. Recibió instrucción militar en la Escuela Real Militar de Soreze, al sur de Francia. En sus años de permanencia en Europa fue un ávido lector. La Historia, los clásicos antiguos: griegos y romanos; los enciclopedistas franceses, fueron sus temas favoritos. Sobre todo estudió con afán los escritos de Montesquieu, Rousseau, D'Alambert, Condillac, Voltaire, también Locke.

Los viajes y la lectura fueron fuentes fundamentales en la formación de Bolívar. A Europa viajó tres veces. En el primero pasa por México y Cuba, se radica en Madrid y conoce Francia. En su permanencia en Madrid contrajo nupcias a la temprana edad de 19 años, enviudando a los pocos meses de vuelta ya en Caracas.

Vuelve a Europa en 1803, en una estada que se iba a prolongar por casi 4 años. Conoce a Humboldt, quien le dirá: "Yo creo que América está lista para la libertad, mas no veo el hombre que pueda realizarla...". Estas palabras se iban a grabar profundamente en el Libertador. En Francia se sintió impresionado por la coronación de Napoleón, más que la pompa,

²Las citas que hacemos de los escritos de Bolívar las hemos seleccionado principalmente de las *Cartas del Libertador, corregidas conforme a los originales*. Editadas por Vicente Lecuna, 12 Vols., Caracas, 1929-1930 y del *Itinerario Documental de Simón Bolívar*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1970.

confesaría más tarde Bolívar, lo impresionaron los sentimientos de adhesión que más de un millón de ciudadanos tributaban al corso; "...lo que me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que cabría al que lo libertase". Este segundo viaje tuvo su culminación en el Monte Sacro en Roma, donde ante la presencia de su maestro Simón Rodríguez juraría que jamás descansaría ni dejaría en paz su alma hasta ver rotas las cadenas que ataban al colonialismo. España, Francia, Italia, Austria, Bélgica, Holanda y Alemania pasan por su itinerario. Al volver se detuvo por cuatro meses en Estados Unidos. De su estada en este país dijo: "Durante mi corta visita a Estados Unidos, por primera vez en mi vida vi la libertad racional".

En 1810 volvió a Europa, a Londres, encabezando la primera misión diplomática venezolana en un intento por conseguir la ayuda británica. Lo acompañaron en esta misión Luis López Méndez y Andrés Bello. Bolívar se va a sentir profundamente impactado por el estilo político inglés, el orden, la estabilidad, el sentido práctico, virtudes que aspiraba a ver realizadas en el Nuevo Mundo. Publicó un artículo en el periódico inglés, "Morning Chronicle", el 5 de septiembre de 1810, en que expuso por primera vez su idea integracionista: "El día, que no está lejos, en que los venezolanos se convenzan de que su moderación, el deseo que demuestran de sostener sus relaciones pacíficas con la Metrópoli, sus sacrificios pecuniarios, en fin, no les hayan merecido el respeto ni la gratitud a que creen tener derecho, alzarán definitivamente la bandera de la independencia y declararán la guerra a España. *Tampoco descuidarán de invitar a todos los pueblos de América a que se unan en confederación. Dichos pueblos, preparados ya para tal proyecto seguirán presurosos el ejemplo de Caracas*". En Londres animó a Francisco de Miranda a volver a Venezuela a colaborar con el nuevo régimen establecido en la Junta del 19 de abril de 1810. El nuevo Gobierno firmó con el de la vecina Santa Fe un Tratado de Alianza y Federación, cuyo gestor fue el canónigo chileno José Cortés de Madariaga y que sería la primera piedra de la futura Gran Colombia que formaría el Libertador con la unión del antiguo Virreinato de Nueva Granada, Venezuela, Quito y Guayaquil.

Idénticos propósitos unitarios animaron a las Juntas establecidas en Buenos Aires y Santiago. El delegado bonaerense ante la de Santiago, Antonio Alvarez Jonte, llegó a proponer la unión de ambas juntas no sólo para fines bélicos, sino también en la paz para efectuar tratados económicos y comerciales con otros países.

El sentido de unidad continental quedó claramente de manifiesto en la primera Constitución venezolana sancionada el 21 de diciembre de 1811, en

que se dice: "...el Supremo Legislador del Universo ha querido inspirar en nuestros corazones la amistad y la unión más sincera entre nosotros mismos, y con los demás habitantes del continente colombiano que quieran asociárenos para defender nuestra Religión, nuestra Soberanía natural y nuestra Independencia". La primera República venezolana fue de corta duración. Sucumbe en 1812, estando al frente de ella Francisco de Miranda. En junio de ese año el Ejército patriota sufrió una derrota decisiva en Puerto Cabello. Bolívar buscó refugio en la isla holandesa de Curaçao y luego en Cartagena.

En esta ciudad escribió y difundió una de sus piezas más famosas: "*Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño*", cuyo propósito era mostrar a los neogranadinos las causas que habían conducido a la pérdida de Venezuela, que debían servir de lección a todos los pueblos americanos. Entre esas causas destacaba la forma federal de Gobierno que se había adoptado y que propiciaba una enojosa rivalidad entre las ciudades. No desconocía las ventajas del sistema federal, pero entendía que no era aún practicable en los pueblos que iniciaban su lucha emancipadora: "El sistema federal, bien que sea el más perfecto, y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes Estados". Esta misma idea la va a expresar en su Carta de Jamaica: "No convengo en el sistema federal entre los populares representativos, por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talento político muy superiores a los nuestros". Se inclinaba, pues, por una conformación política interna centralista. Pero, si bien en el plano interno Bolívar fue decididamente centralista para sofocar las facciones que debilitarían a estos nacientes Estados, en lo internacional su sueño fue el de la confederación hispanoamericana, concebida como "la unión de la fuerza en grandes masas", mientras que la fragmentación federalista interna era la "división de la fuerza de una de estas masas en pequeñas fracciones". "Nuestra división, y no las armas españolas, nos tornó a la esclavitud", dijo en ese Manifiesto de Cartagena. Pero su propósito no era sólo explicar a los granadinos por qué había caído Venezuela, sino buscar su apoyo para redimirla, teniendo en cuenta que de la reconquista de Venezuela pendía la propia seguridad de Nueva Granada y que ambos pueblos se hermanaban en los mismos ideales: "...su gloria (la de Nueva Granada) depende de tomar a su cargo la empresa de marchar a Venezuela, a libertar la cuna de la Independencia colombiana, sus mártires, y aquel benemérito pueblo caraqueño, cuyos clamores sólo se dirigen a sus amados compatriotas los granadinos, que ellos aguardan con una mortal impaciencia como a sus redentores. Corramos a romper las cadenas de aquellas víctimas que gimen en las mazmorras, siempre esperando su salvación de vosotros: no burléis su confianza; no seáis insensibles a los

lamentos de vuestros hermanos. Id veloces a vengar al muerto, a dar vida al moribundo, soltura al oprimido y libertad a todos". Cartagena de Indias, diciembre 15 de 1812.

Bolívar va a lograr el apoyo requerido. Nueva Granada lo hace ciudadano y le confiere el grado de Brigadier. Luego emprende el regreso a Venezuela en la llamada Campaña Admirable. El 15 de mayo de 1813 entra en San Cristóbal; Mérida lo aclama como Libertador; en Trujillo proclama la guerra a muerte; finalmente el 14 de octubre el Cabildo de Caracas lo designa General en Jefe de los Ejércitos y lo proclama Libertador, como lo había hecho antes Mérida.

Sin embargo, el año siguiente, 1814, va a ser de infortunio para las fuerzas patriotas en todas partes del continente. En Venezuela fue el asturiano José Tomás Boves quien lideró la reacción realista, que estaba mejor provista de armamentos y ganó en su favor al sector marginado de los llaneros. Con estas fuerzas Boves va a aniquilar a la segunda República venezolana de vida aún más efímera que la primera. Las fuerzas realistas se van a robustecer con el considerable refuerzo de 10.000 hombres avezados en la guerra que envió Fernando VII desde España al mando de Pablo Morillo en 1815. Bolívar ya en septiembre del 14 ha debido buscar nuevamente refugio fuera de Venezuela. Es acogido en Nueva Granada que se debatía también en una difícil lucha contra los realistas. Los granadinos confiaron a Bolívar el mando de las tropas, pero no se pudo evitar esta reacción postrera del dominio español y los triunfos realistas continuaron extendiéndose.

Debió alejarse a las Antillas, a Kingston, Jamaica, donde permaneció siete meses. Período de preparación para la acción futura y de meditación, que produjo la *Carta de Jamaica*, probablemente el escrito más selecto salido de la pluma del Libertador. En esta carta, dirigida a un caballero inglés, la *Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla*, Bolívar hace un análisis penetrante de la situación de los países del continente que luchaban por su independencia, conjetura el futuro político de cada uno de ellos y plantea como un sueño irrealizable de momento, pero al mismo tiempo como una necesidad, la unidad de las antiguas colonias: "Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del Gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran República". Puede verse que su concepto de patria se extendía a toda la América hispana. Advertía que el destino inmediato de estos pueblos era la formación de varias repúblicas independientes. En el Norte, México que podría constituirse en una República representativa con un Presidente

vitalicio o, en su defecto, si este gobierno no era conducido con acierto derivaría a la forma monárquica. Pensaba que Centroamérica, desde Guatemala al Istmo de Panamá, podría formar una asociación, con una posición magnífica entre dos océanos "podrá ser con el tiempo el emporio del universo, sus canales acortarán las distancias del mundo; estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo" y con profundo sentido ecuménico, concluía sobre Centroamérica: "¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra como pretendía Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio!". Nueva Granada debía unirse a Venezuela, con una capital situada en Maracaibo o en una nueva ciudad con el nombre de Las Casas en honor del defensor de los indígenas. "Esta nación se llamaría Colombia como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio".

Su análisis se volcaba en optimismo al proyectar la situación de Chile: "El Reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una República. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de la libertad, los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo". En cambio sus conjeturas sobre Buenos Aires y Perú eran mucho menos optimistas. Respecto de este último decía: "El Perú, por el contrario, encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos".

De este análisis surgía la siguiente conclusión: "Las provincias americanas se hallan lidiando por emanciparse; al fin obtendrán el suceso; algunas se constituirán de un modo regular en repúblicas federales y centrales; se fundarán monarquías casi inevitablemente en las grandes secciones, y algunas serán tan infelices que devorarán sus elementos ya en la actual, ya en las futuras revoluciones, que una gran monarquía no será fácil consolidar, una gran república imposible". Anticipaba así la anarquía que se entronizaría en Hispanoamérica después de la etapa de la Independencia.

A pesar de ese panorama desalentador, se erguía enhiesto el ideal unitario: "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas

remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra generación”.

En las bases de la unidad estaba la identidad idiomática. Un mismo lenguaje surge como poderoso elemento aglutinador. La comunicación, comprensión e identificación entre los pueblos se facilita a través del idioma común. De ahí que pensando en la factibilidad de su proyecto unionista, éste se circunscribe a las antiguas colonias hispanas. No lo animan sentimientos antagónicos hacia el Brasil o hacia Haití, pero la barrera del lenguaje imposibilitaba la realización de una comunidad con estos países. No podía sentir animadversión hacia Haití, puesto que después de su estada en Jamaica, el Presidente Petion lo acogió y ayudó en su nueva expedición redentora a Venezuela, pero su condición insular y la diferencia idiomática lo alejaban del plan hispanoamericanista.

La religión era otro elemento que identificaba a los pueblos hispanoamericanos. El catolicismo además tiene efectos éticos que sirven a la virtud de los pueblos, a que nazcan en una sana moral, con valores sólidos proyectados a la divinidad.

Las costumbres, determinadas por un similar proceso de conquista y colonización, constituían otra base de la unidad. Era cierto que en cada una de las antiguas colonias esas costumbres habían adquirido características regionales, que se emparentaban con el propio regionalismo español y que durante los siglos coloniales se desarrollaron a través de diversos expedientes, como las dificultades puestas al comercio interindiano por la Metrópoli. Con todo, el tronco común en la visión bolivariana contrarrestaba con creces el regionalismo.

Por último, y de modo principal, un objetivo común de independencia y de progreso, de amor a la paz y a la libertad, identificaba a todos los pueblos hispanoamericanos.

No escapaban a Bolívar los factores disociantes, ya expuestos en la Carta de Jamaica. La propia geografía cautivante, pero a la vez separatista. La dificultad en las comunicaciones. A este respecto estando en el Perú en 1825 escribiría: “Primero sabemos de Rusia que de Caracas, los partes de Junín nos han llegado primero de Inglaterra que de Caracas; y algunas veces recibimos con la misma fecha papeles de Londres y Bogotá”.

Pero existían poderosas razones de carácter político que aconsejaban la conveniencia de la unidad y la de vencer los obstáculos que la entorpecían. En el orden interno, el poder político se acrecentaría minimizando la acción de los caudillos locales, aplastando el provincialismo de los pequeños jefes y haciendo desaparecer el caos interno. Ningún caudillo local sería capaz de derribar un orden sólidamente estatuido, puesto que sus intentonas podrían ser rápidamente aplastadas. La unión, desde este punto de vista, implicaba una estabilidad política. En lo internacional, en una carta que escribiera a Santander decía: "Colombia tendrá una importancia que Venezuela y Nueva Granada nunca hubieran alcanzado separadas". Bolívar comprendía que Inglaterra y Estados Unidos no podían interesarse y apoyar una lucha de pequeñas repúblicas separadas en contra de una metrópoli más poderosa. En relación a este problema en 1819 escribía: "La falta de unidad y de consolidación, la falta de acuerdo y armonía, y sobre todo la falta de medios que producía necesariamente la separación de las repúblicas es, repito, la causa verdadera del ningún interés que han tomado hasta ahora nuestros vecinos y los europeos en nuestra suerte. Secciones, fragmentos que, aunque de grande extensión, no tienen ni la población ni los medios, no podían inspirar ni interés ni seguridad a los que desearan establecer relaciones con ellos". En otra oportunidad escribió con respecto a los países europeos: "No nos consideran como naciones, sino como países de producción y de consumo". Con una intuición que se adelantaba a la trayectoria histórica de nuestras repúblicas, advertía que la fragmentación impedía que ellas asumieran un papel protagónico en el concierto mundial. La Historia no desmintió a Bolívar.

Pero volvamos a la acción. En 1817 lo encontramos nuevamente en su tierra natal, con el auxilio dado por el Presidente haitiano Petion, con el de guerreros ingleses, holandeses y hasta alemanes, con el de los llaneros ahora comandados por José Antonio Páez, luchando contra los realistas que encabezaba Morillo. En medio del fragor de las luchas, Bolívar se daba tiempo para enviar mensajes integracionistas. En 1818 escribió a Pueyrredón, al mando del gobierno de Buenos Aires, y al pueblo rioplatense: "¡Habitantes del Río de la Plata! La República de Venezuela, aunque cubierta de luto os ofrece su hermandad; y cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea Unidad en la América Meridional".

En febrero de 1819, en el Congreso de Angostura, hoy Ciudad Bolívar, a orillas del Orinoco, anuncia la reunión de los pueblos de Nueva Granada y Venezuela en un solo gran Estado. "Al contemplar la reunión de esta

inmensa comarca —decía— mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva social, que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos, que la naturaleza había separado, y que nuestra Patria reúne con prolongados y anchurosos canales... Ya la veo sentada sobre el trono de la Libertad, empuñando el cetro de la Justicia, coronada por la Gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno". Angostura, 15 de febrero de 1819. Este mismo año traspasa los Andes y corona la Libertad de Nueva Granada en Boyacá, el 7 de agosto. Al finalizar ese año, de vuelta en Angostura, quedaba formalizada la creación de la Gran Colombia, a la que se incorporarían Quito y Guayaquil. Colombia, en el concepto de Bolívar, era "la garantía de la libertad de la América del Sur", por ello debía ser una nación modelo, como guía de las que se estaban gestando. En Angostura propuso la creación de un Poder Moral, al lado de los poderes tradicionales del Estado. Este nuevo poder estaría constituido de dos cámaras, una de Moral y otra de Educación, que se encargarían de vigilar las costumbres, estimulando las virtudes y sancionando los vicios. Estimando que la educación era un pilar fundamental de la libertad y paralelo a la lucha por la independencia, se empeñó en el progreso educativo. Esta labor la inicia, así, en el mes de septiembre de 1819 al establecer en Bogotá una escuela para huérfanos y pobres a los que el Estado debía educar. Le preocuparon la educación de los indígenas y la instrucción femenina como base de la moral de las familias. Fue partidario decidido del sistema lancasteriano y creía necesario enviar a los estudiantes más aventajados a los centros de capacitación, especialmente a Londres, para que se perfeccionaran en el Derecho, la Diplomacia y la Administración Pública. De los educadores diría: "El objeto más noble que puede ocupar al hombre es ilustrar a sus semejantes".

En junio de 1821, en Carabobo, asegura la independencia de Venezuela y proyecta extender su campaña al sur del continente. En una carta dirigida a San Martín le manifestará: "Mi primer pensamiento en el campo de Carabobo, cuando vi mi patria libre, fue V.E., el Perú y su Ejército Libertador".

En diciembre de 1821, Bolívar inició su etapa meridional. Le antecedió en la vanguardia su General José Antonio de Sucre quien, antes de la llegada de Bolívar, había vencido a los realistas en la batalla de Pichincha, en Quito, el 22 de mayo de 1822.

En su trayecto al sur, al mismo tiempo que preparaba las armas para vencer definitivamente a las fuerzas realistas que permanecían en el continente, preparaba también la unidad futura de las naciones que salían del coloniaje. Desde su cuartel general en Cali, escribió a O'Higgins el 8 de enero de 1822: "...El gran día de la América no ha llegado..., todavía nos falta poner el fundamento del pacto social, que debe formar de este mundo una nación de Repúblicas. La asociación de los cinco grandes Estados de América es tan sublime en sí misma, que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para la Europa. Tal es el designio que se ha propuesto el gobierno de Colombia al dirigir cerca de V.E. a nuestro Ministro Plenipotenciario...". Este era el embajador don Joaquín Mosquera enviado al Perú, Chile y Buenos Aires con el propósito de unir al movimiento emancipador americano en su lucha contra España y desarrollar una labor preparatoria del Congreso de Panamá que ya se empezaba a gestar. Tanto en Perú como en Chile, Mosquera tuvo pleno éxito y suscribió con estos estados Tratados de Unión, Liga y Federación. No así en el Río de la Plata, donde el gobierno bonaerense sólo accedió a firmar un Tratado de Amistad, no comprometiéndose a enviar representantes al Congreso de Panamá. Misiones semejantes a la de Mosquera, cumplieron Miguel Santa María y Bernardo Monteagudo, en México y Centroamérica, respectivamente, ambas con éxito. Sólo faltaba la ratificación por parte de los cuerpos legislativos de los países que comprometían su asistencia al Congreso ideado por Bolívar.

El año 1822 fue el del encuentro de los dos movimientos emancipadores sudamericanos. El del norte que encabezaba Bolívar y el del sur de San Martín y O'Higgins. Los dos primeros se reunieron en Guayaquil los días 26 y 27 de julio. La conversación de este último día se prolongó por espacio de 4 horas, en que conversaron a puertas cerradas. Ningún documento fue firmado por los próceres en estas conferencias. Algunas interpretaciones posteriores dieron motivos para deducir desaveniencias surgidas en esa ocasión, entre ellas la anexión de Guayaquil a Colombia. Sin embargo, a pesar de puntos de vista contrapuestos que pudieron haberse manifestado en Guayaquil, los intereses superiores de la libertad de América mancomunaban los ideales de ambos líderes. Cuando San Martín dejaba el Protectorado del Perú manifestó: "Yo no tengo la libertad sino para elegir los medios de contribuir a la perfección de esta grande obra, porque tiempo ha que no me pertenezco a mí mismo, sino a la causa del continente americano".

La obra independentista que iniciara en suelo peruano San Martín va a ser completada por Bolívar y Sucre. Antes del alto final de Ayacucho, con fecha 7 de diciembre de 1824 invitaba Bolívar a los gobiernos de Colombia, México, Río de la Plata, Chile y Guatemala a formar el Congreso de

Panamá. En esta convocatoria decía: "Después de 15 años de sacrificios consagrados a la libertad de América por obtener el sistema de garantías que, en paz y en guerra, sea el escudo de nuestro destino, es tiempo ya que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las Repúblicas Americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos". El lugar elegido para esta asamblea hispanoamericanista era el más adecuado: "Si el mundo hubiera de elegir su capital, el Istmo de Panamá parece el punto indicado para ese augusto destino, colocado como está en el centro del globo, viendo por una parte Asia y, por la otra, Africa y Europa... El Istmo está a igual distancia de las extremidades, y por esta causa podría ser el lugar provisional de la Primera Asamblea de los Confederados".

Después de Ayacucho, el Ejército Unido Libertador pasó al Alto Perú al mando de Sucre, quien en La Paz, en febrero de 1825, convocó a una asamblea para deliberar sobre el futuro político del Altiplano. La iniciativa de Sucre contrariaba los proyectos de Bolívar, que prefería formar una sola República del Perú y Alto Perú unidos, aunque reconocía el mejor derecho que correspondía al Río de la Plata sobre la provincia alto-peruana, de acuerdo al principio del *Uti Possidetis*, ya que al crearse el Virreinato de Buenos Aires en 1776 el Alto Perú se había incorporado al nuevo Virreinato. No podía consentir en la formación de una nueva República, puesto que abogaba por la unidad y no por la fragmentación. El ejemplo del Alto Perú podría ser imitado por la antigua presidencia de Quito para desligarse de Colombia. En su sentir, una nueva República sólo podía ser establecida en una "Asamblea de Americanos". La decisión de los alto-peruanos de formar su propio Estado, las informaciones que le enviaba Sucre y la voluntaria renuncia del Congreso Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata a la soberanía sobre ese territorio, movieron a Bolívar a autorizar la realización de la Asamblea convocada por Sucre, de la que surgiría Bolivia. Bolívar se trasladó al Alto Perú para iniciar el proceso de organización del nuevo Estado, a través de diversos documentos relativos a la educación, a la imprenta, a la protección de la población indígena, a la agricultura, a las minas, al comercio y a la industria. Su labor organizativa tuvo su máxima expresión en una Constitución Política que aspiraba sirviera de modelo al resto de las repúblicas americanas, proporcionando una sólida organización estatal basada en el equilibrio de los poderes: "Yo creo que el proyecto de Constitución que presenté a Bolivia puede ser la señal de unión y de firmeza en el gobierno de Colombia. Tan popular como ningún otro, consagra la soberanía del pueblo, y tan firme y tan robusto con un Ejecutivo vitalicio y un Vicepresidente hereditario evita las oscilaciones, los partidos y las

aspiraciones que producen las frecuentes elecciones. Sus cámaras con atribuciones tan detalladas y tan excelentes y tan extensas, impiden que el Presidente y demás miembros del gobierno puedan abusar de su poder". La presidencia vitalicia planteada por Bolívar difiere de su proposición constitucional hecha al Congreso de Angostura en que postuló un Ejecutivo alternativo, elegido popularmente. Pero en este mismo proyecto establecía un Senado hereditario. Son variantes institucionales dentro de un mismo propósito de fijar un marco de estabilidad política en pueblos que nacían a la vida independiente, en los que se hacía necesario evitar el fantasma de la anarquía.

Inicialmente no había aprobado el establecimiento de una nueva República en el Alto Perú, ahora luchaba por darle la institucionalidad más adecuada, que le permitiera erguirse como una República sólida, la más avanzada en el sur de América y motor en esta parte de su idea unionista, tal como lo sería en el norte la primera entidad política por él creada: la Gran Colombia. Estas intenciones animaron de igual modo su labor organizativa en el Perú, donde fue promulgada la misma Constitución que elaboró para Bolivia.

Su idea era unir al Perú y Bolivia y luego a ambos con Colombia, para formar una Federación Andina. Siempre el propósito unitario está presente en los proyectos del Libertador. La idea de la Federación de los Andes no era incompatible con el Congreso Anfictiónico de Panamá. Su propósito unitario incluía uniones parciales más estrechas y un organismo de carácter general, que habría de establecerse en el Congreso panameño, para los asuntos de interés común de todas las antiguas colonias españolas. Por lo mismo no fue partidario de la presencia de otros países en ese Congreso. El Vicepresidente de Colombia, Francisco de Paula Santander, animado por la declaración panamericanista hecha por el Presidente Monroe de los Estados Unidos, se adelantó a cursar a este Gobierno una invitación para que participara en el Congreso de Panamá, lo que no fue aprobado por Bolívar que advertía las disimilitudes entre la América hispana y la anglosajona y la inconveniencia de mezclar las nacientes repúblicas del sur con la más potente del norte del continente. La Doctrina Monroe no podía ser aval suficiente para inclinar a Bolívar a recibir con beneplácito la presencia estadounidense en Panamá, puesto que se trataba de una declaración unilateral, no nacida de esas asambleas representativas de los pueblos en que soñaba Bolívar. Con todo Santander, con el apoyo del Presidente mexicano Guadalupe Victoria, insistió en la invitación al Gobierno del norte. Santander cursó también invitaciones a los gobiernos de Brasil e Inglaterra. Con respecto a este último país, escribió Bolívar a José Rafael Revenga, Ministro

de Relaciones Exteriores de Colombia: "Por ahora me parece que nos dará una gran importancia y mucha respetabilidad la alianza de Gran Bretaña, porque bajo su nombre podemos crecer, hacernos hombres, instruirnos y fortalecernos para presentarnos frente a las naciones con el grado de civilización y de poder que son necesarios a un gran pueblo. Pero esas ventajas no disipan los temores de que esa poderosa nación sea en lo futuro soberano de los consejos y decisiones de la Asamblea, que su voz sea la más penetrante, y que su voluntad y sus intereses sean el alma de la Confederación, que no se atreverá a disgustarla por no buscar ni echarse encima un enemigo irresistible. Este es, en mi concepto, el mayor peligro que hay en mezclar a una nación tan fuerte con otras tan débiles".

Desde sus inicios la reunión de Panamá se vio rodeada de dificultades, quizás prediciendo las que ha tenido la idea integradora en nuestros pueblos a lo largo de su vida independiente. Los primeros delegados en llegar fueron los peruanos, que arribaron en el mes de junio de 1825. Estos eran los señores Manuel Lorenzo de Vidaurre, que había sido Oidor de la Audiencia del Cuzco durante el dominio español, y José María de Pando, este último al ser designado Ministro de Relaciones Exteriores del Perú fue reemplazado por Manuel Pérez de Tudela. Los delegados peruanos fueron instruidos directamente por Bolívar y debían lograr una declaración destinada a impedir cualquier intento de colonización e intromisión europea en el continente, a semejanza de la declaración hecha por el Presidente Monroe; procurarían que se determinara alguna resolución sobre Puerto Rico y Cuba que se mantenían bajo la hegemonía española; que se establecieran claramente los límites entre los estados, de acuerdo a los que tenían al momento de la Independencia, para evitar los motivos de conflicto entre ellos; que se terminara definitivamente con el tráfico de esclavos, materia ésta de la esclavitud que mereció siempre especial atención de parte de Bolívar. Sólo seis meses después arribaron los representantes de Colombia, Pedro Gual y el General Pedro Briceño Méndez, antiguo militar de la Independencia. En marzo de 1826 llegaban a Panamá los representantes centroamericanos Antonio Larrazábal y Pedro Molina, el primero canónigo de la Catedral de Guatemala y médico el segundo. Algunos meses después lo hicieron los de México, José Mariano Michelena, General de Brigada, actor desde los inicios en las luchas de su país, y José Domínguez. Chile y la Argentina no se hicieron presentes. Los representantes de Bolivia arribaron cuando las deliberaciones habían terminado. A los representantes acreditados se unieron como observadores Eduardo Dawkins por Inglaterra y el Coronel Carlos Van Veer por Holanda. El Gobierno de Estados Unidos designó a los señores Anderson y Sergeant; el primero falleció en el trayecto y el segundo arribó

cuando las sesiones de Panamá ya habían finalizado. Las instrucciones dadas a estos delegados consultaban la oposición a la idea de establecer un consejo anfictiónico provisto de poderes para definir las controversias entre los estados americanos o para intervenir en su conducta.

En el Congreso se realizaron diez conferencias entre el 22 de junio y el 15 de julio de 1826, firmándose un Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua entre las Repúblicas de Colombia, Centroamérica, Perú y Estados Unidos Mexicanos que consultaba entre sus acuerdos principales:

— La mutua defensa frente a todo ataque que amenazara la existencia de los estados contratantes.

— La prohibición de pactar la paz, particularmente con los enemigos comunes de la Independencia, sin que a tal acuerdo concurrieran todos los estados miembros.

— La reunión periódica de la Asamblea General, cada dos años o bien cada año en caso de guerra, como la que se mantenía con España. Los propósitos de estas reuniones periódicas eran: regular por medio de convenciones y otros actos las relaciones recíprocas dentro de un contexto armónico; contribuir al mantenimiento de la paz y de la amistad entre los países confederados, sirviendo como consejo en caso de grandes conflictos, punto de contacto en peligros comunes, intérprete de los tratados y convenios que se suscribieran y conciliador en disputas y diferencias.

— El compromiso de no celebrar alianza perpetua o temporal con cualquier potencia ajena a la Confederación, sin una consulta previa a los demás aliados.

— La garantía para la integridad de los territorios, una vez que por medio de convenciones particulares los límites entre los estados quedaran demarcados.

— El derecho que asistía a los ciudadanos de cada uno de los estados contratantes para adquirir la ciudadanía de cualquier república aliada en que residieran, sujetándose a las normas establecidas por cada una para ese efecto y exceptuándose los derechos que se reservaban a los naturales.

— La posibilidad para los países que no habían concurrido al Congreso de incorporarse a la Confederación, dentro de un año después de ratificado el Tratado.

— El compromiso de cooperar a la completa erradicación del tráfico de esclavos.

— El Tratado de Unión, Liga y Confederación perpetua no interrumpía de modo alguno la soberanía de cada una de las repúblicas.

— Si alguna de ellas variaba esencialmente su forma de Gobierno, queda-

ba excluida de la Confederación. Esta disposición era una defensa del régimen republicano en contra de cualquier intento monárquico.

A estos acuerdos se agregaron dos convenios de carácter militar. Uno de ellos establecía una fuerza militar continental, fijando el contingente que cada Estado debía proporcionar: De un total de 60.000 hombres, Colombia proporcionaría 15.250; Centroamérica 6.750; Perú 5.250 y México 32.750. El otro acuerdo se refería a las bases en que debía apoyarse el empleo de este cuerpo militar.

Los resultados del Congreso no conformaron a Bolívar, que habría deseado una alianza más sólida y definida. En el seno de la propia asamblea surgieron los problemas de carácter limítrofe, que habrían de empañar en el futuro la relación de hermandad entre las antiguas colonias hispanas. La delegación centroamericana alegó por sus derechos sobre la provincia de Chiapas en contra de México y sobre las costas de Mosquitos en contra de Colombia. El Perú protestó por la anexión de Guayaquil a Colombia. De los países concurrentes, sólo este último ratificaría los acuerdos. Bolívar temió que el traslado de la asamblea a Tacubaya, México, desvirtuara los propósitos iniciales y la pusiera bajo el predominio de ese país y aun, por razones de cercanía, bajo el influjo de los Estados Unidos de Norteamérica.

No obstante, Bolívar no claudicó en su ideal integracionista. Después del Congreso en 1828, escribió al Presidente mexicano que "Colombia no desistirá nunca de la Confederación Americana que debe ser tan ventajosa a todas las naciones de este continente para asegurar su independencia, y uniformar su política estrechando sus relaciones; y contando con los esfuerzos de su aliada, hermana y confederada, la República de los Estados Unidos Mexicanos, no dejará de promover en mejores días y en más felices circunstancias la reunión de plenipotenciarios que debe tratar de nuestros comunes intereses". Sin embargo, el ideal integracionista decaía en México, a medida que se alejaban las posibilidades de alguna expedición española. La reunión de Tacubaya, heredera directa de la de Panamá, careció de eficacia y simbolismo. Vio fenecer sus días en octubre de 1828 y ha quedado prácticamente en el olvido en la historia de la integración americanista.

El símbolo de la unidad sigue teniendo su basamento fundamental en las reuniones del Istmo gestadas en el ideario de Bolívar. Muchos de los acuerdos allí enunciados permanecen vigentes como bases del sistema interamericano actual, como un lazo de filiación con las ideas integracionistas expuestas por Bolívar, fundamentalmente los relativos a la necesidad de establecer una conducta común frente al exterior y la conciliación y entendimiento entre nuestras naciones. Las circunstancias históricas han variado. Hoy el concepto de América Latina ha ampliado la idea inicial de Bolívar de

la América hispana. La problemática del desarrollo y subdesarrollo ha contribuido a que los pueblos latinoamericanos se identifiquen cada vez más frente a las potencias industriales. Con todo, la integración permanece como un ideal, debatiéndose en un sinfín de dificultades. De los organismos de integración, el que ha alcanzado mayor permanencia ha sido la OEA, que si bien tiene en su génesis el ideario bolivariano, por su conformación se entronca más con la Doctrina Monroe. Los intentos de integración propiamente latinoamericanos han tenido peor suerte.

En tiempos de Bolívar, las fuerzas desintegradoras se manifestaron a través de los caudillismos locales. El mismo año de la celebración del Congreso Anfictiónico, José Antonio Páez, el caudillo de los llanos, se levantó en Venezuela en contra de Santander. Desesperadamente Bolívar trató de detener la anarquía exhortando a sus compatriotas a terminar con la guerra civil: “¡Venezolanos! ya se ha manchado la gloria de nuestros bravos con el crimen del fratricidio. ¿Era ésta la corona debida a nuestra obra de virtud y valor? No. Alzad, pues, vuestras armas parricidas: no matéis a la Patria” (Proclama de Maracaibo, 16 de diciembre de 1826). La Gran Colombia, ese primer paso vincular creado por Bolívar, sucumbía frente a las corrientes localistas. El movimiento paecista crecía en Venezuela; el santanderismo en Cundinamarca y Flores se fortalecía en Quito.

Los antagonismos locales se intensificaban: en Nueva Granada se deseaba la separación como un medio de terminar con la llamada “dominación” venezolana, ya que se atribuía a éstos el acaparar los principales cargos públicos, tanto civiles como militares, desde los inicios de la Independencia. En Ecuador, se empezaba a sentir el descontento en contra de los venezolanos y neogranadinos, a quienes se englobaba bajo el nombre de “colombianos”.

El propio Bolívar comprendió que era imposible el sostenimiento de la Gran Colombia y frente a esa evidencia entendió que era preferible una división armónica, antes que una lucha armada. Así lo expresó en una carta escrita en el mes de julio de 1829: “No pudiendo continuar yo por mucho tiempo a la cabeza del Gobierno, luego que yo falte, el país se dividirá en medio de la guerra civil y de los desórdenes más espantosos. Para impedir daños tan horribles que necesariamente deben suceder antes de diez años, es preferible dividir al país con legalidad, en paz y buena armonía”. En 1830, año de la muerte de Bolívar, se produjo la separación de la Gran Colombia, conformándose tres Estados independientes: Nueva Granada que recuperaba su denominación colonial, Venezuela y Ecuador.

En el Perú, igualmente, se hizo sentir un fuerte sentimiento anticolombiano, luego del retorno de Bolívar a Colombia en 1826. Este sentimiento

quedó de manifiesto en la invasión del territorio boliviano por el General Agustín Gamarra en 1828 quien, en el afán de deshacer la obra de Bolívar, depuso a Sucre del gobierno de Bolivia y expulsó a las tropas colombianas tanto de ese país como del Perú. No tardó en aparecer la guerra entre Colombia y el Perú motivada por la disputa de la provincia de Jaén y las deudas contraídas por Perú a raíz de la Independencia.

Los conflictos internos de los estados y los externos entre ellos se precipitaron cada vez con mayor fuerza. En Centroamérica, en julio de 1823, se había formado una Asamblea Constituyente, en la ciudad de Guatemala, que dio existencia formal a las Provincias Unidas de la América Central, declarándolas libres e independientes de España, México y de cualquier otra potencia. A pesar de los esfuerzos hechos por Francisco de Morazán, joven hondureño que asumió la Presidencia en 1829, a partir de 1838 la unidad federal centroamericana quedó rota y las Repúblicas de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica van a seguir rumbos independientes.

En el Río de la Plata, en 1825, se produciría una guerra de tres años entre el Imperio del Brasil y la Argentina, de la cual resultaría un nuevo Estado, el Uruguay, cuya independencia quedó asegurada con el establecimiento de una Constitución en 1830.

El ideal hispanoamericanista sustentado por Bolívar, que debía consolidarse en el Congreso de Panamá, perdía terreno frente al caudillismo, a los grupos oligárquicos localistas y al interés de las potencias contrarias al establecimiento de una alianza poderosa formada por las antiguas colonias españolas. Por ello, con marcado desencanto, afirmó Porras Barrenechea en su estudio citado, que el Congreso de Panamá no fue el prelude sino el epílogo de la fraternidad continental. Aquella fraternidad que se imponía a las fronteras permitiendo que, entre muchos otros casos, un mexicano de nacimiento, Miguel Santa María, fuera el primer plenipotenciario de Colombia ante el propio México; que un ecuatoriano, Vicente Rocafuerte, fuera representante mexicano en Londres; que la primera representación diplomática peruana en el extranjero estuviera a cargo de un argentino: García del Río; que el rioplatense Monteagudo fuera Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, al igual que el colombiano Heres.

La solidaridad continental llevó a los países a comprometer sus recursos económicos para ayudar a sus vecinos en la lucha independentista. Chile cedió parte de su primer empréstito conseguido en Londres para destinarlo a los gastos que demandaba la emancipación peruana. Desaparecida la urgencia de la guerra contra España, desapareció también —dice Porras— esa solidaridad continental.

Por encima del aflojamiento del espíritu unitario, creemos que la asamblea fraguada por Bolívar marcó los inicios de las relaciones formales interamericanas, que debían basarse en la paz, en la dignidad, en la buena fe para cumplir los compromisos contraídos, en el respeto de las autonomías nacionales, en desechar la guerra como medio de solución de las controversias, en la igualdad de los países tratantes puesto que los que concurren lo hicieron voluntariamente, sin acceder a presiones, guiados sólo por intereses comunes y sin que ninguno alentara intenciones hegemónicas. Así, puede decirse que las palabras de Bolívar que cerraban ilusionadamente la convocatoria al Congreso, no resultarían un despropósito: "Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron nuestro destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el Universo. ¿Qué será entonces el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?". Lima, 7 de diciembre de 1824.

Cerca de Cartagena, en la quinta San Pedro Alejandrino, en las costas colombianas, muere Bolívar el 17 de diciembre de 1830. Las bases en que apoyaba la unidad americana: una trayectoria histórica común, la identidad de propósitos, el lenguaje, las costumbres, la comunidad de ideales, permanecen vigentes como fundamentos de una tarea siempre por realizar.